

PREÁMBULO

Debo a la primera persona que se enfrentó a la lectura de los trabajos recopilados en este volumen la sugerencia de que la metáfora del laberinto resultaría idónea para representar la ruta de “la necesidad” —en el sentido histórico que le asignó Hegel— tras la tragedia de la desintegración del sistema socialista que había sido forjado con audacia y genuino espíritu de emancipación en el crisol de la Revolución bolchevique.

Mas allá de la connotación mitológica que le da origen en el laberinto de Creta, habitado por el minotauro, aunque también a partir de ella, el laberinto describe la distancia más larga entre dos puntos de un plano, al contrario de la línea recta, que presuntamente marca la más corta, tan corta que el contexto real suele convertir esta distancia formal en ilusoria. La metáfora implica también que, una vez encontrado el acceso al laberinto, al margen de la complejidad del sinuoso trayecto, el recorrido no supone interrupción: hay que llegar al final o perecer.

El camino al socialismo, que tantas veces hemos creído poder describir a través de metas sencillas y claras, va a ser mucho más largo y escabroso que lo calculado; la Revolución mundial, un fenómeno complejísimo, imposible de modelar como un inventario de rebeliones; en tanto que la utopía

socialista, la sociedad de justicia, equidad, participación y libertad responsable, la democracia verdadera, sólo se podrá concretar poco a poco, en la medida en que se avance, sin perder el rumbo, hacia ella.

El medioevo cristiano reinterpretó el enigma del laberinto como el camino de la vida humana, que las vicisitudes nos suelen hacer largo en el plano existencial, aunque se recorra muy poco, y cuyo final biológico, localizado en el centro, se nos revela inexorable. La metáfora quedó plasmada gráficamente así a los pies de los hombres y mujeres de fe del mundo occidental cristiano, bajo la bóveda central de varias catedrales medievales, como Chartres, Reims y Amiens.

De alguna manera, la demolición del execrado Muro de Berlín devino un emblema incuestionable del final del más prolongado diferendo que marcó al siglo xx: el dilema de la bipolaridad entre el socialismo y el capitalismo. La guerra que se llamó “fría”, y que fue “guerra fría” antes y después de la caliente, aunque su bautizo llegara tarde, no terminó disipándose, sino con victorias y derrotas, como terminan las guerras. Y la perdió la fuerza que se creyó predestinada, con buenas razones, a cambiar el mundo. Con el derrumbe, los paradigmas socialistas del siglo pasado entraron en crisis y la certeza de una historicidad laberíntica comenzó a transponer el abanico caduco de las expresiones de una historicidad lineal que, aunque parezca absurdo, se halla presente por igual tras las teorizaciones sobre el “fin de la historia”, y sobre la pretensión del rescate del renombrado “socialismo real”. Porque las dos lecturas violentan por igual una Ley objetiva.

La metáfora no nos provee de respuestas pero nos adelanta una insinuación. En todo caso, el derrumbe del Muro nos pone a las puertas de un laberinto poco visto. Uno que no sólo tiene una ruta de entrada y un centro, como en el estilo clásico que diseñara Dédalo, sino que el centro se convierte de nuevo, como en el mito de Teseo, victorioso del minotauro, en el punto de partida de una ruta de salida, pero diferenciada ahora de la ruta de entrada, y hacia un espacio abierto,

irreversible, como debe serlo un trayecto definido por su recorrido en el tiempo, y donde la referencia espacial podría reservarse mejor a la pluralidad: el laberinto se hace del resumen de tantos otros como puntos de partida podamos encontrar.

Es en el laberinto, en este en que nos descubrimos, tras las ruinas del Muro de Berlín, los cubanos, los latinoamericanos, la humanidad oprimida, inmersos en los afanes de poner fin a un orden mundial insostenible. En busca de una nueva victoria frente al minotauro, una victoria definitiva que nos franquee la ruta de la salida hacia el mundo mejor que no nos cansamos de pregonar que es posible, necesario y hasta inevitable.

Los 18 artículos que componen el presente volumen, escritos entre 1990 y 2006, están impregnados todos de una intención, que se me antoja ahora sintetizada, sin habérmelo propuesto, en la metáfora del laberinto. La posibilidad de transmitir esa percepción al lector justifica que los capítulos del libro no hayan sido ordenados cronológicamente sino principalmente atendiendo al alcance de los temas que tratan. Comenzamos por los que se proyectan de manera más universal, que tocan al mundo; en segundo lugar, bajo la referencia al Caribe se agrupan los que enfocan problemas a escala regional; en tercer lugar, los que se fincan en los problemas de la realidad cubana. Finalizo con un epígrafe de reseñas y prólogos que articulan con el tema del título y apuntan justamente al territorio del debate.

Como preámbulo, no creo que el lector requiera de algo más. De modo que dejo el libro en sus manos, para que lo siga como está ordenado o como él quiera hacerlo. Con la esperanza de contribuir a motivar en él cualquier tipo de pensamiento ajeno a la rutina y el acomodo.

AURELIO ALONSO
31 de agosto de 2006